

LOS CUENTOS DE PACO FLORES

Santiago Delgado

ABSTRACT

This paper analyses the literary works written by Prof. Flores Arroyuelo, who is not only an ethnographer and philologist and a writer too, what not many know.

SUMARIO

El profesor Flores Arroyuelo no sólo es etnógrafo, sino que además tiene obra narrativa, la cual es objeto de análisis en este artículo, si bien es un elemento prácticamente desconocido de su obra.

Hemos acuñado la expresión de “Violín de Ingres” para referirnos a las aficiones secundarias de quien ha dedicado lo más granado de su vida a otra cosa. El pintor francés Ingres, Jean Auguste Dominique Ingres (Montauban, 1780 – París, 1867), parece ser, era un virtuoso secreto de dicho instrumento musical. El recurso del tópico, siempre fiel y válido, nos viene al pelo para explayarnos sobre la producción narrativa de Francisco J. Flores Arroyuelo (Bilbao, 1939), docente en la Universidad de Murcia y Académico de la de Alfonso X el Sabio, de dicha ciudad.

En dos publicaciones, el autor compila lo más importante de su producción narrativa, siempre en el formato breve. Lo hace en 1983. “Entre casas blancas y otros relatos”. Luego, tres años más tarde, en 1986, publica “Historias”, el primero, en la Real Academia Alfonso X el Sabio, el segundo en el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia. Es indudable que el primer título responde a una inicial

manera de entender la narración. Es una narratología del todo inmersa, con matices, en el realismo behaviorista de los 60. El primer relato del libro inicial de 1983, en realidad novela corta, con casi 100 páginas, se publicó en 1966. Y es un mosaico de la vida en una pedanía murciana, durante la siesta de un verano de principios de aquella década de Planes de Desarrollo, hombre en la luna y primeros vagidos de la globalización.

La segunda publicación, editada más cercanamente, en lo temporal, a los tiempos de su creación, engloba unos cuentos del todo distintos a los del volumen anterior. Ambas ediciones son compilaciones de lo publicado en distintos ámbitos editoriales de tipo revista. En este segundo tomo, asistimos a una concepción de la narrativa antípoda de la anterior. Estamos en el campo de la fantasía y la cultura. No hay arraigo realista en los cuentos de “Historias”. Hay imaginación de lugares y tiempos prodigiosos, legendarios o históricos, tales como la China o México. Y hay visiones consideraciones pudiéramos decir que metahistóricas en arquetipos humanos de época como el condotiero o el dogo.

Entrando en el análisis del primero de los libros, cabe decir que Paco Flores es, ante todo, antropólogo de campo, un etnólogo de la sociedad moderna, contemporánea suya. Tuvo por maestro elegido a Julio Caro Baroja, y de él, y con él, aprendió el método de observación de la realidad. Pero de la realidad verdadera. No de la realidad escogida, seleccionada, a través de un hilo argumental, propia de los llamados novelistas del realismo, a caballo entre el XIX y el XX. No es fácil esa tarea. A menudo, un concepto equivocado de lo trivial como insignificativo, puede ocultar al observador lo más importante de aquello que tiene ante sus ojos. El literato, el novelista, pueden ejercer esa acción –o mejor dicho, perpetrarla–; el antropólogo, el etnólogo, no. Nunca. El antropólogo/etnólogo es notario, no testigo. El testigo puede seleccionar, según su indolencia le dicte, aquello de lo que dará testimonio. De esa manera, sus prejuicios, sus carencias... hablarán más por él que él mismo. En cambio, el antropólogo/etnólogo observa con sistema, con método. Incluso con experiencia de haber observado así, que no es poco en su bagaje anotador.

En los cuentos primeros de Paco Flores, advertimos la mente del antropólogo/etnólogo dictándole prosa a la pluma del escritor. Una conjunción de voluntades que, además, casaba perfectamente con la “moda” del momento, el behaviorismo narrativo. Aunque, aclarámoslo cuanto antes, el estilo de Paco Flores cede, sin exorcizarlas, ante las ganas de metaforizar e iluminar el texto con eficaces imágenes, descripciones e inventarios. Tal recurso era proscrito en el behaviorismo narrativo puro. El signo comunicativo al que se acoge es el Signo Literario, no el Signo Científico. La asepsia narrativa del frío observador no está reñida, en Flores, con las ansias del poeta de rebautizar las cosas. Estamos ante un “*behaviorismo, mà non troppo*”. El método científico, acaso de reminiscencias teutónicas, adelgazado levemente por la metáfora mediterránea: tal sería, o podría ser, la receta crítica del comentarista para empaquetar el intento del narrador “cientifizado” o del científico metido a narrador.

Flores en estos relatos-testimonio de los 60, constriñe su eje temporal y dilata su eje espacial. Con notación tópica, podríamos decir que el primer relato, que da título al volumen. “Entre casas blancas”, tiene naturaleza cinematográfica. La cámara llega al pueblo “a lomos” de una motocicleta, en primeros planos del manillar con su embrague de mano (testimonio del antropólogo/etnólogo), de allí pasamos al bar, al casino y a las casas particulares... todo el pueblo va quedando al alcance del lector en su más pura realidad, con rigor verista incluso en los parlamentos, a menudo con mucho mensaje oculto para ajenos al contexto de la situación observada, como es verdadera realidad usual, que puede permanecer, correctamente, desconocida para el lector. No todo, claro. Los personajes no hablan para llevar adelante ninguna historia. Están cada uno en su historia. Es el lector –el lector cómplice del que hablaba Vázquez Montalbán– quien debe recomponer el rompecabezas –puzzle diríamos hoy– de lo que lee, que no es sino lo que hablan los personajes.

La acción transcurre en el verano de alguna pedanía de la periferia del municipio murciano. Flores inventa los topónimos, acaso para dar mayor posibilidad de ubicación. Y nos muestra el urbanismo destartado de los primeros sesenta en la Huerta de Murcia. Ya ha comenzado “el ocaso de la vida tradicional”, según expresión acuñada por el mismo autor en su producción científica, y la realidad, que comienza, no se olvide, a lomos de una máquina, deambula por la architradicional partida de dominó, conscientemente interrumpida –por parte del autor– por la llamada de un industrial y pasa por el Casino y acaba en el interior de las casas vecinales. La novedad, las máquinas que industrializarán la producción agrícola, interrumpe la modorra tradicional: la partida de dominó. Es un efecto sintomático de lo que Flores testimonia. El nuevo poder es la industria, no ninguna manera de lo tradicional: campo, huerta, comercio...

Con “El Jarama”, Sánchez Ferlosio dio en la cumbre de este modo de novelar, en español, que oscurecía completamente al narrador, escondido tras su testimonio de dar voz a lo que se habla y palabras a los hechos y parajes. La trivialidad como argumento. Era la hora del verismo narrativo. La obra de Ferlosio se publicó en 1955. Flores escribe sus cuentos al filo de los sesenta. Podemos aducirlo como antecedente, pero mediando la vocación y experiencia científica, en el campo antropológico/etnológico, de nuestro autor. Y, no lo olvidemos, el propio escritor trabajó de “viajante” del pimentón murciano de la empresa familiar, por toda España. Conocía bien, no sólo por aproximación de investigador empírico, sino por biografía propia, el cambio definitivo de la España rural a la España en vías de industrialización. “Entre casa blancas” es el testimonio de un cambio social: el de la vida tradicional al de la vida moderna. La dejadez de las vías de acceso al pueblo contrasta con la dinamicidad industrial de los negociantes que se interesan por las nuevas máquinas que aumentan calidad del producto y adelgazan los gastos. Y la presencia de la pobre mujer mayor, “la catalana”, el vivo contraste con lo modernidad, plasmado en esa retahíla tradicional que el autor pone en su boca. Una cultura oral, la de la

abuela, que se pierde ante un mundo de teléfonos, diarios, motocicletas, y demás novedades del tiempo.

Flores no se interesa por el calor estival, presente pero no agobiante para el lector, como en “El extranjero”, del existencialista Camus. Así subtítulo su cuento —o novela corta—: “la hora de la siesta”, dando entrada a un elemento costumbrista más, la siesta, pero científicamente observado.

Dejó dicho Julián Marías que la mejor aportación española al mundo del conocimiento no venía de los párrafos del género ensayo, científico o humanístico, no. Venía directamente del campo de la creación literaria. Y así, argüía, el Quijote era más una propuesta seria, aunque no científica, de la condición humana, que una narración al uso. Paco Flores, conociendo o no esta afirmación de Marías, procede a dejar testimonio vivo, hablado, ambientado, de lo que era una pedanía murciana a veinte años de haber acabado la guerra civil. Una sociedad en cambio, que atiende sólo a los requerimientos de lo inmediato, que adivinan nuevo, distinto a lo que heredaron de sus padres. Por supuesto que vemos escenarios de una España cochambre, pero también indicios de una nueva forma de vida, liberadora de tantas servidumbres con que el paso de un tiempo detenido —la vida tradicional— había ahorrado a sus ancestros. Entre ellos a los padres y abuelos que no emigraron, claro. Antaño hasta Sudamérica, hogaño a la recientemente reindustrializada Centroeuropa.

Pero Paco Flores no es sólo, ya se dijo, el científico que literaturiza su observación antropológica. Es, por encima de ambas cosas, un ser humano más de la misma realidad que describe. Por supuesto que “Manhattan Transfer” y la propia “La Colmena”, de John Dos Passos y Camilo José Cela, respectivamente, están al fondo del intento de Flores. La ventaja de nuestro autor es que conoce el método. Los dos literatos citados, a su lado, y en este sentido, son dos aficionados, buenos aficionados, pero advenedizos a la Etnología, disciplina idónea para este cometido.

En los siguientes cuentos de 1983, Flores, sin la voluntad de extensión, cediendo ante la naturaleza breve de la inspiración, aborda una temática más personalizada, poética, incluso, en donde se abandona la “épica” colectiva y se sumerge, en un sentido más literario, personalista, de la narración, dando paso a protagonistas, sentimientos, secuencia argumental, etc.; los siguientes cuentos recogidos son: “La soledad”, el lamento de un abandonado, y “Una página de un diario”, memento personal de su infancia en el País Vasco. Pero en “Cadena” retoma el behaviorismo narrativo con metodología antropológica. Ahora es la concurrencia de personajes, acompañada de la concatenación —de ahí el título del cuento—, los encargados de llevar adelante el argumento. Es recurso ya empleado en “Casas blancas”. En medio de la Mancha, asistimos a todo aquel mundo de viajantes, camioneros, trenes, personajes de poca monta que conforman la realidad verdadera, en la que no hay héroes, sino seres vivos inmersos en la cotidiana mediocridad de su insignificancia, pero que, aun así son los verdaderos mimbres de la Intrahistoria unamuniana. Nuevamente el tren es motivo del recurso de la concurrencia, prácticamente dialogada, para mos-

trar las esperas y las salidas de los viajeros. Una estampa que nos deja testimonio de un tiempo de trenes de vapor y compartimentos. Es en el cuento “La línea que une, la línea que separa”. En el siguiente, acaso el de tradición más narrativa de todos, habida cuenta del protagonismo que asume la voz del narrador, asistimos al pobre deambular de una familia pobre con un hijo pequeño discapacitado. Flores atiende al entorno con toda su sabiduría etnológica, en tramos como lo concerniente a la preparación de un carro y, sobre todo, una romería de la que esperan el milagro. En “El permiso”, estamos ante un retrato secuencial e inconexo del ambiente castrense de la época. El autor juega con el conocido recurso de conversaciones que el lector tiene que descifrar. La voluntad de registrar ámbito de la realidad es evidente. “La golondrina y el gato” es el más risueño de todos los cuentos; el que mejor se lee. El autor, sin duda, recurre a su propia memoria biográfica y nos habla del comedor de una pensión en los 60, con tres viajantes conversando y conociéndose en la España que inauguraba carreteras nacionales y algo de tráfico en ellas. “La lluvia de la noche” aborda, con carácter sociológico, que no ideológico, el tema de la emigración en los momentos históricos de los planes de desarrollo. “Estaban esperando” aborda la muy arraigada costumbre de la cacerolada a los novios de la España tradicional, un tema que indudablemente abordaría el autor en su testimonio de la pérdida de la vida tradicional. Una riada, en primer plano, con tragedia oculta, es el tema de “Cuando se hizo el silencio”. Y el último cuento, de largo título: “Historia de un hombre que sólo conoció el pasado”, Flores se adentra, con una técnica narrativa nueva: la del dominio absoluto del narrador, en un mundo onírico, de diablos y maldiciones en espacios nocturnos. El diablo ha sido uno de los temas de estudio del etnólogo.

En su segundo libro, editado tres años más tarde que el primero, Flores Arroyuelo toca otro registro. El Culturalismo, poético de Kavafis y narrativo de Borges, han hecho su aparición en la esfera literaria. El autor se deshace de sus recursos de entomólogo social y deja a su fantasía volar a sus anchas por un mundo borgiano de palacios y jardines, laberintos y construcciones legendarias, muy bien resueltas y muy originales. No hay indagación léxica, ni estudio de ambiente. Existe solamente la voluntad de narrar cual cronista de épocas remotas, llamando a la puerta del asombro del lector indigente en imaginación. Los títulos que presenta este segundo volumen de cuentos son: Historias de las ruinas (del laberinto, del camino y del santuario), Historias chinas (del pintor Chen Ta Do, de los fantasmas, de una muerte poco común y del prestidigitador pobre, de magos chinos, de los herederos del emperador Huan Mi y de gente perseguida), Historias italianas (del condotiero y del dogo) e Historias mexicanas (de una dama que a poco se arrepintió, de un ajusticiado y de San Antonio en el desierto y sus tentaciones –adelantado en 1986 en la antología “Narradores Murcianos II”). Destaquemos El Condotiero, adelantado como publicación exenta en 1980 por la Galería de Arte Chys. Una tercera persona, alter ego del Condotiero, repasa su devenir, pasado y actual, en un intento

de hacernos pasar al personaje como algo así como un oficio más del bajomedievo, funcionario de la batalla. El cuento pertenece a una colección donde están el dogo y el centinela, también “personajes por oficio”. El Centinela fue adelantado por la revista Monteagudo en 1960. Lo mismo pasó con Historias, publicada en 1980 por la misma revista universitaria. Se trata de textos brevísimos, anteriores a los microrelatos que tanto éxito han tenido en tiempos informáticos. La cultura, el humor y el ingenio son protagonistas de método en estos cuentos.

En 1999, publica “Los tres libros del sol de Hua Ta Mi”, con dibujos de Ramón Gaya. Flores retoma en ellos la musa de ingenio e Historia, con ribetes de sabiduría oriental, pero, esta vez, con un toque de humor que no es sino guiño desmitificador de tanta “orientalización” cultural invasiva.

En resumen, podemos decir que la obra narrativa de Francisco José Flores Arroyuelo se centra en dos décadas: la de los 60, con un modelo realista de adscripción behaviorista, y la de los 80, donde se siguen unas pautas, ciertamente descreídas, basadas en el ingenio, la cultura y la fantasía imaginativa.